

## Patxi o la precisión

A diferencia de los suyos,  
al portavoz del PSOE le toca  
explicar lo inexplicable



IÑAKI EZKERRA

Reconozco que soy un adicto a las frases de Patxi López y que las espero como esperaba los chistes de Eugenio, o sea, como agua de mayo. Reconozco que disfruto ante esas perlas verbales que brotan tan espontáneas de esa mezcla de dejadez sobrada y de campechanía mal aspectada que componen su inconfundible estilo, y que en vez de inspirar empatía inspiran entre perplejidad y apuro. Recuerdo que disfruté mucho con la intervención que tuvo recién estrenado como lehendakari y cuando un periodista le preguntó si conocía el principio de Arquímedes: «Depende de cuál de ellos». Patxi es un hombre más preocupado por la ética que por la física y dio por hecho que Arquímedes era un tipo de muchos principios.

También me gustó mucho el «¿qué más te da?» con el que en su día se deshizo de la pregunta sobre los nombres de los diputados que habían acudido a la ya olvidada cena del Ramsés. La expresión le debió de parecer un auténtico hallazgo literario porque la soltó en dos ocasiones, una en rueda de prensa y otra en el plató de Susanna Griso. Como me ha gustado ahora –para qué negarlo– la forma en que ha despachado el atolondrado, inquietante y tenebroso acuerdo de su partido con Junts para sacar adelante sus últimos tres reales decretos: «Cuando hicimos esa negociación el papel estaba redactado de aquella manera...».

A uno es que le fascina sinceramente ese don de la precisión, esa puntería conceptual y retórica que lo mismo vale para dar cuenta de un pacto opaco con el secesionismo que para citar al Cristo del Evangelio de San Juan: «Como decía el otro...». Yo es que le veo a Patxi López esa confianza en sí mismo totalmente injustificada, ese aplomo del pisaflores, esa catastrófica seguridad del manitas que produce un apagón general cuando se presta voluntarioso a arreglar en un pispás los enchufes averiados del poder, y me pregunto de dónde le vendrán esos feos aires, esa chularería extemporánea de la ría del Nervión.

Dicen que en el País Vasco mandan las mujeres. Y quizás ahí está la clave de ese despachajo que quiere ser castizo y que en Ayuso tiene cierta gracia para la que él no está dotado. Yo creo que a éste lo han dejado suelto en Madrid y se ha empoderado como una podemita con ministerio y peluquero propios. Yo creo que, en esta nueva y enternecedora faceta de hombre para todo, de chapuzas doméstico del criptosanchismo, de solvente de pega al que le tocan unas faenas de aliño que no son de recibo, a Patxi hay que empezar a llamarle Pichi López como el del chotis de Sara Montiel: Pichi es el chulo que castiga; el que firma sin saber lo que firma, como todos los suyos, pero que, a diferencia de los demás, le toca hablar de lo que ha firmado «de aquella manera», o sea, explicar lo inexplicable.

# Gregorio Ordóñez y la libertad posible

ANA IRÍBAR

Viuda de Gregorio Ordóñez

Que no me digan que no sirvió para nada jugarse y perder la vida en Euskadi

Quizás uno de los cuadros que más sorprenden en la exposición sobre Gregorio Ordóñez, que tan magníficamente supo entender y resolver Enrique Bonet, es el que muestra tres fotografías posteriores al atentado contra Gregorio. En dos de ellas se muestra su tumba, profanada. En la tercera, las pintadas que aparecieron en poblaciones guipuzcoanas llamando a Gregorio asesino, fascista, español. Así justificaba ETA sus crímenes. Así invitaba a la sociedad vasca al silencio, a la condena de las víctimas de ETA, al señalamiento de los constitucionalistas en Euskadi. El Partido Popular, así lo veían Egibar y el nacionalismo que representaba, era un partido «de fuera». No fueron de aquí millares de emigrantes que vinieron de otras partes de España para trabajar en Euskadi, como lo hicieron los padres de Gregorio, en los años 50, 60. Sometidos a un maltrato que solo justificaba un nacionalismo retrógrado, excluyente y racista.

Cuando hoy me llaman facha por el hecho de votar al Partido Popular, una vez más, siento en mi nuca el aliento frío que desplazó en el aire del bar La Cepa la bala cobarde que mató a Gregorio. Y cuando Sánchez levanta un muro para empezar a gobernar un país entero sé que lleva las piedras que lanzaban los proetarras en las calles de Euskadi, aquí, en la Parte Vieja donostiarra, al grito de «presoak kalera, amnistia osoa». Lleva acuerdos que desconocemos los ciudadanos españoles. Lleva resentimiento, miedo y discordia. Ya previno Voltaire a Federico II de Prusia en 1735, «a vos os corresponde destruir al infame político que convierte el crimen en virtud. La palabra político significaba en su origen primitivo ciudadano y hoy gracias a nuestra perversidad ha llegado a significar el que engaña a los ciudadanos».

Decía Gregorio que los partidos políticos son máquinas de asalto al poder y cuánta razón tenía. De derechas, católico y prac-



ticante, liberal en las políticas sociales, económicas y educativas, de padres valenciana y aragonés, Gregorio tenía todas las papeletas para darse de frente contra otro muro, la propia sociedad vasca y, especialmente, sus adversarios políticos. Hacer política desde el Partido Popular durante los doce años que Goyo estuvo activo significaba ser sospechoso de facha para los socialistas y de marciano para los nacionalistas.

Pero Goyo no tenía complejos y lo más importante, no se debía a nadie. Ni a Sabinos Arana, ni a Pedros Sánchez. Ni a Fragas. Su desobediencia, porque eso fue Goyo, un desobediente, le costó dos años de expulsión de su partido. Goyo solo se debía a sus ideales, a su conciencia, a sus conciudadanos. Fue ese ciudadano político que defendía Voltaire. Y fue muy valiente. Gregorio se propuso desobedecer el dogma nacionalista, el silencio, el miedo. Lo importante para él ni siquiera era ganar votos, sino trabajar por su ciudad y transformar la sociedad en que vivía. Por eso eligió la política, para devolverle su auténtico signifi-

cado. Por eso le votábamos en San Sebastián.

Yo no estuve en el 36. Pero sí estuve en 1981 cuando ETA asesina a Ryan y nos caen piedras y gritan «ETA, mátalos» en la manifestación en las calles de Donostia; en 1984, cuando ETA asesina al senador socialista Enrique Casas; en 1995, cuando ETA asesina a Gregorio. En 1996, cuando ETA asesina a Fernando Múgica... No estuve en el 36. Estuve en los 80, en los 90, en los 2000 y aquí, en esta ciudad, en Euskadi, compartíamos pancarta socialistas, populares, comunistas, pacifistas, periodistas, políticos, profesores... frente a ETA y en defensa de la Constitución y contra el nacionalismo excluyente.

Que no me digan que no sirvió para nada jugarse y perder la vida en Euskadi. Que no me pidan que olvide, ni que perdone o que me reconcilie con los asesinos de Gregorio. Que no me cuente Aizpurua que hay que avanzar en la paz y en la convivencia, en derechos sociales, cuando durante cinco décadas formaron parte del entramado de ETA. ¡Hipócritas! Que no me digan que todo fue en vano. Goyo no vino a este mundo para traer la paz, sino para desobedecer, para incomodar, para romper con el discurso único nacionalista. Quienes le conocimos sabemos que, aun sabiendo cuál iba a ser su final, Gregorio no rectificó ni su discurso, ni sus pasos, ni su compromiso con San Sebastián. No porque no apreciara su vida, sino porque sabía que merecía la pena pelear por los demás, por las nuevas generaciones, por la libertad de todos nosotros, por la dignidad que perdíamos a chorros cada vez que respondíamos con silencio a un atentado.

Su muerte y la de tantos miles y cientos de miles de ciudadanos de la Historia no será en vano, no lo será mientras exista un puñado de ciudadanos resistentes dispuestos a desobedecer, a recordar, a molestar. Aquí, en Ucrania, en Israel, en Nigeria. Estoy profundamente agradecida a tantos ciudadanos valientes. Gracias, Gregorio, por hacernos más libres.

## Comer gente

PÍO GARCÍA

De 'La sociedad de la nieve', la espectacular película de J. A. Bayona, lo que menos me impresiona es el canibalismo. Aunque espero no verme jamás en ese trance, creo que no tendría ningún reparo moral en zamparme a un amigo en filetes, especialmente si está gordito, es lampiño y sus carnes –blanditas, temblorosas– dejan un evocador retrogusto a cuajadas y bacalaos. Hay barrigas humanas conseguidas a base de

pasteles y cervezas, y eso se tiene que notar de algún modo.

En Corea del Sur han prohibido comer carne de perro, pero yo no encuentro diferencias ontológicas apreciables entre morderse unas chuletillas de cordero, unos lomos de mastín o la zanca de un auxiliar administrativo. Ya se sabe que en la posguerra española los gatos se convirtieron en conejos y las ratas ascendieron a pollos. Los grillos y los saltamontes acaba-

rán siendo las angulas del siglo XXI, dicen los visionarios de la gastronomía, y puede que tengan razón. Cuando uno observa con detenimiento un bogavante, descubre que se trata de un insecto monstruoso y abominable. Algún pionero del género humano, a la altura del que inventó la rueda, tuvo que vencer sus naturales escrúpulos para hincarle el diente y comprobar que aquel bicho con antenitas no estaba del todo mal.

Yo he cenado gusanos en México y caracoles en mi pueblo, aunque no aguanto el olor mefítico de los brócolis cuando hierven. Fue a los catorce años, en un campamento, cuando descubrí que en circunstancias extremas era capaz de comerme cualquier cosa. Al tercer día de hambruna, devoré un plato de acelgas. Incluso pedí repetir. De buena gana le hubiera pegado un mordisco a la papada del monitor.

